

Santiago del Campo

Apunte sobre Dostoiewski



UN amigo mío, escéptico y doctor en Medicina, decía que no hay operaciones quirúrgicas más seguras que las autopsias. La crítica de una personalidad, que ya no vive entre nosotros, es siempre una autopsia. Cosa muy distinta es operar en un cuerpo vivo, y también más difícil, porque no se puede llegar al corazón que es, a fin de cuentas, lo que hay que enseñar a la gente para que condene o absuelva.

Como sujeto de observación se nos presenta ahora Dostoiewsky, en muerte palpitante, desnudo de absoluta defensa, extendido ante nuestros ojos en su camilla de prisionero póstumo. Aquellos rasgos de su escultura corporal se nos aparecen nebulosos, borrados. Ni la llanura abovedada de su frente, ni el derrumbe cavernoso de su mirada, ni la salpicadura en greñas de su barba llamean ahora como cuando vivían y luchaban, mano a mano, con el poderoso visitante de Jacob. Pero, en cambio, si escondido y replegado estaba antes, ahora se nos muestra cercano y poblado de voces su corazón.

Eje de trances y giros demoníacos, no ha habido pasiones semejantes a las suyas. Pero tampoco ha habido raciocinio más agudo. Los que quieren estudiar sólo el aspecto emocional de Dostoiewski se equivocan: ven en él a un «bárbaro», un epiléptico de la emoción, sin considerar que, cerebralmente, era un supercultivado, un técnico implacable. Sus obras no se ri-

gen por impulsos, sino más bien por una especie de fatalismo razonador. ¿A qué obedece esta pugna entre la clarividencia de su lógica y la obscuridad de sus sentimientos?

Comencemos nuestro estudio—autopsia lo hemos llamado—tratando de aclarar el siguiente concepto: ¿Qué clase social pintó Dostoiewski en sus obras? O sea, si Dostoiewski tuvo una idea definida de clase ¿de qué modo se sintió afectado por sus problemas? ¿Fué la suya una simple actitud pasiva o, por el contrario, podemos clasificar su producción como un juego de reacciones sociales, como un movimiento vital y clasista, como una respuesta a los estímulos ambientales de su época?

Tenemos, por una parte, la opinión de los que afirman que Dostoiewski, oponiéndose a los escritores de la nobleza, es el primer gran escritor de la pequeña burguesía y, principalmente, el intérprete de los malaventurados de la ciudad, en su doble juego de aspiración y sufrimientos. Y por otra, se nos dice que, conforme a ciertas manifestaciones del mismo Dostoiewski, podría considerársele como un representante de la nobleza decadente, a la manera de Puchkin, hermano suyo de sangre, representante de la nobleza decadente de su época, y de Tolstoi, que levantó una tempestad de protesta contra la opresión del capitalismo, tanto en la Rusia rural como en la señorial.

Lunatcharski aporta a este problema consideraciones muy eficaces. En su *Ensayo sobre Dostoiewski* vemos como todas las hipótesis que se han hecho a este respecto carecen de serio fundamento. Las primeras obras de Dostoiewski—dice Lunatcharski—están sin discusión consagradas exclusivamente a la pequeña gente de Petersburgo y la nobleza no juega en ellas papel alguno. En sus grandes obras, podemos encontrar más de una alusión a la aristocracia de ciertos personajes, pero no obstante siempre nos tropezamos con un gentilhomme trasplantado de su esfera, convertido en vagabundo, en funcionario em-

pequeñecido, en aventurero de la calle. Prueba de ello es una carta a Kadkov, en que Dostoiewski asegura que Raskolnikov (uno de sus héroes más importantes) es un pequeño burgués, y ya en la novela misma se refiere en repetidas ocasiones a su ascendencia señorial.

Todo este mundo ciudadano, creado en gran parte por el capitalismo (desarrollo del capital comercial al comienzo, del industrial en seguida) sufría, o en todo caso luchaba con el desorden de una destrucción rápida del orden capitalista. Los grandes escritores nacen generalmente del subsuelo de las grandes crisis y, por otra, el principal motor de su obra es justamente la sed de los problemas candentes de la vida.

Se discute igualmente sobre el cuadro de la pequeña burguesía decadente, es decir, una clase que no tiene perspectiva, aquél que la expresa ha de ser forzosamente un profundo pesimista. Y, por consiguiente, si quiere buscar una salida a su pesimismo no la podrá encontrar sino siguiendo el camino del cinismo más desvergonzado o el del misticismo.

Ahora bien: ¿se puede tratar de decadente a la pequeña burguesía de los años 1860 a 1870? ¿Acaso no estaba poseída toda ella de la sed del lucro, de un arribismo furioso, de un deseo apasionado de vivir ricamente, de una voluntad de hierro con tal de conseguir el triunfo? En pocas palabras: ¿no se sentía atravesada y dominada de la voluptuosidad de vivir? En este caso, el representante de tal clase no puede ser llamado decadente. La burguesía ascendente ya no es decadente; podemos no simpatizar con sus designios, con sus caminos, pero hemos de reconocer que, al comienzo de su carrera, fué una clase poderosa y, al fin de cuentas, a su manera, creadora.

Finalmente, todos sabemos que es precisamente la pequeña burguesía la que engendró el grupo de los publicistas, entre los cuales había hombres de tanta valía como Tchernichevsky y Dobrolinbov. Del mismo modo, Pissarev tampoco puede ser nombrado decadente.

Y he aquí todo el problema: estas tres variedades de la pequeña burguesía coexisten al fin y al cabo en una misma clase, y a veces el estado de espíritu de todos estos grupos podían vivir en un mismo y único individuo. El pequeño burgués, bueno y prosperante, se creaba un punto de vista particular, decía que todo estaba permitido, devenía un hombre de negocios, un adinerado sin piedad. Dostoiewski, sabiéndolo, representaba a esta gente y la odiaba. Y más aun: se esforzaba en marchitar, en atajar la aspiración a la felicidad, en general, que vivía poderosamente en su corazón, demostrando juntamente con esta aspiración que pertenecía al sistema espiritual, egoísta e inhumano de estos mismos burgueses en crecimiento o ya llegados a la cima, que él menospreciaba. Sin embargo, uniéndose en esta misma sed de felicidad completa, sed de vivir de la clase joven, que estaba sobre todo constituido por el estado llano, se habría podido entrar por el camino, no ya de la ganancia personal, sino de la lucha contra el caos general por la organización de una nueva sociedad. Por esta idea nació en la selección de la pequeña burguesía una simpatía por el socialismo utópico; y los más fuertes de espíritu y voluntad se tornan revolucionarios del tipo de Tchernichevski, hombres que son reconocidos de buena gana como precursores eminentes de la revolución rusa.

Esta clase de gente atraía poderosamente a Dostoiewski. Al comienzo de su vida adhirió al círculo de Petrachevski y se aficionó, no solamente al socialismo utópico (fourierismo), sino que declaró diversas veces que el orden nefasto actual había de ser derrocado por la fuerza, manifestando así impulsos puramente revolucionarios. Tchernichevski dijo repetidas veces con amargura que por este camino la derrota esperaba a aquellos hombres y, al fin de su vida, después del presidio contaba la triste historia de la oveja que quiso hacerse carnero, aludiendo a la inactualidad trágica de los revolucionarios de su tiempo. Dostoiewski, al contrario, no se encontraba en general en condiciones de defender sus posiciones avanza-

das contra el ataque furioso de las fuerzas de la reacción con la dignidad incomparable que vemos en un Tchernichevski o en un Netchaiev. El Dostoiewski condenado a muerte, indultado en el mismo lugar de ejecución, sometido a las torturas del presidio y la deportación, se rompe, o mejor dicho, se encorva. En el colosal trabajo interior de su pensamiento, a pesar de conservar su odio por el espíritu burgués, desarrolla igualmente su odio por el espíritu revolucionario. Se esforzaba por confundirlos, en no ver tras la imagen de los revolucionarios, nada más que la arrogancia de un espíritu aislado de la vida, nada hizo la voluptuosidad, la voluntad de alcanzar el triunfo por el crimen. En una palabra, el «hereje», según su propia terminología, la falta de creencias, de amor. Actuando de esta manera, el revolucionario se convertía en demonio. Dostoiewski tenía necesidad de colocar bajo su obscura condenación el camino burgués y el camino socialista, para justificar su entrada en una tercera ruta, de la cual fué él la más alta expresión.

Esta ruta fué la de la pequeña burguesía decadente. Decenas y centenares de personas torturadas, faltas de todo medio de lucha y de toda esperanza de mejoramiento de su suerte, cuya única solución era el suicidio, una vida llena de tristeza, o, la paz religiosa en la tierra y la fe un mundo mejor, en donde serían recompensadas las injusticias sufridas.

Es, justamente, en esta clase en donde el hombre se ve llevado a predicar la resignación y no la resistencia. Dostoiewski se esforzó por crear una concepción análoga, por orgullo patriótico, proclamando que Rusia era un país de sufrimientos singulares, que se salvaba por su espíritu cristiano, es decir, por aquellos principios sociales que decían «amar mucho es la única reacción que salva de todo mal», «el arrepentimiento rescatará al alma de todo pecado», etc. Desde este punto de vista, cada hombre no podía menos que dejar de luchar contra la autocracia, reconocer la expresión legal de la divinidad, sabo-

rear el dolor de su vida y declarar, por consiguiente, una guerra despiadada, como a una tentación diabólica, tanto al capitalismo como a la revolución.

Y así fué Dostoiewski. Aunque interiormente no estuviera convencido del carácter victorioso de sus teorías y de sus sentimientos de resignación cristiana. Por el contrario, el revolucionario continuaba viviendo en secreto en él y sacudía las murallas de su templo. De ahí, pues, que entre sus personajes, los partidarios de *Satanás*: Ivan Karamasov, Stabroguin, Ras-kolnikov, a pesar de las mutilaciones que les hicieran sufrir Dostoiewski, cualesquiera que fuesen sus esfuerzos por calumniarlos, lo cierto es que no por eso dejan de ser menos interesantes, hasta el punto de que, a menudo, el mismo Dostoiewski les hacía decir frases victoriosas (por ejemplo, la conversación de Iván Karamasov con su hermano Alexis y la célebre leyenda del *Inquisidor*). Por el contrario, los predicadores del amor—Sonia, Aliocha, Michkin—, a pesar de todas sus tentativas por santificarlos y atribuirles profundidad, parecen personajes bastante pesados y enojosos; y sus predicaciones religiosas, exentas de toda novedad y fuerza.

Dostoiewski mismo lo reconoció. En «Los hermanos Karamasov», librará el más grande combate con sus propias dudas, con sus propias protestas, contra todo el medio ambiente, contra el «mundo» entero, llegando a escribir a sus amigos *que no había logrado vencer los enemigos que había provocado*. Así y todo, en una conversación con Suvorin, Dostoiewski reconoció que soñaba con una última parte de sus «Hermanos Karamasov», novela que, por decirlo bien, no estaba terminada del todo; en esta última parte, Aliocha «naturalmente» se convertía en revolucionario.

El problema fundamental de la moral burguesa la de saber si había de seguir el camino de la resignación o el del egoísmo—torturó a Dostoiewski durante toda su vida. Y esto es característico en el representante de una clase que englobaba

estas dos tendencias. Dostoiewski representa con un arte incomparable el trágico dilema de la gente de su clase a consecuencia del derrocamiento del orden antiguo, de la extrema inseguridad del porvenir y de las condiciones caóticas del presente. Hurgando en la psicología de individuos aislados, representó todo el movimiento social de su época. Casi todos sus personajes buscan una salida y una verdad. Y es que Dostoiewski creía haberlas encontrado para sí mismo y trataba de probarlas por medio de sus héroes, que predicaban la santidad de la resignación y se habían ligado orgánicamente con la reacción. Pero, en realidad, expresando de modo incomparable el mal social, dudaba en su interior y era vencido por este mal.

Es verdad que si Dostoiewski hubiera permanecido fiel al camino emprendido en su juventud, la autocracia lo hubiera exterminado completamente, como lo hizo con Tchernichevski. Fué en gran parte el instinto de conservación el que lo hizo pasar en definitiva del campo de la vanguardia pequeña burguesa de los campesinos—que sería en el porvenir el de los proletarios—al campo de la pequeña burguesía decadente. El Gobierno, sin embargo, dudó siempre de él. Comprendía la complejidad colosal de su psicología y de sus concepciones. Y comprendía también que, a pesar del aparente estatismo de su obra, estaba ésta llena de elementos hostiles; y que la imagen del apóstol del renunciamiento y profeta de la ortodoxia ocultaba al protestante y al rebelde.

Expresión de los estados de decadencia y de duda, sobre los cuales los elementos sanos de hoy día no han de cerrar los ojos, se nos aparece Dostoiewski en esta autopsia, en este apunte mortuario. Las corrientes creadoras de su influencia todavía vagan junto a nosotros, y se escurren en nuestra vida y nos balbucean al oído, puesto que esos estados de duda y decadencia que pintó en su época se desarrollan aún y aun se mantienen en suspenso en la conciencia de nuestro siglo y nuestra fecha de hoy.